

borde del abismo, despojados de cualquier magnificencia o de cualquier aspiración gloriosa. Estos seres tan desolados no pueden ser descritos de otra manera, ni pueden hablar de otra manera:

dido y perverso. Nada aquí puede ser luminoso, ni alegre: “Detrás de la mesa reposaba la vieja, gorda y vestida de negro, cantando con los ojos cerrados...”. Más adelante, esta otra imagen: “Sobre la mesa la bo-



...sueño cosas raras. No tengo a quien contarle los sueños. Matías no es muy entendido y mamá dice que soy un bicho raro. Sueño que mamá se quita la sombra y la vuelve tiras con el cuchillo de la cocina... [pág. 43]

O en el cuento *Alas a mitad de precio*:

De verdad termino el día cansado. No es para menos. Los negocios van de mal en peor. De capa caída, como dicen. La gente no dispone de dinero como antes ni tanta fe. En estos tiempos de escándalo a la gente no le interesan las alas, ni a mitad de precio. [pág. 93]

Así también, las imágenes están acordes con ese mundo oscuro, sór-

tella de su alma, verde, alargada, lisa y en su pico, ensartado, el cabo de vela que nos alumbraba...” (pág. 66). Otras son delirantes como los personajes mismos: “Sueño que mamá se quita la sombra y la vuelve tiras con el cuchillo de cocina. Lava las tiras hasta volverlas blancas y se las come, las mastica con los ojos cerrados...” [pág. 43].

Para un lector que conoce la obra de Arciniegas, y que lo identifica con libros divertidos, con cuentos juguetones, con parodias llenas de humor de los cuentos de hadas, dirigidos sobre todo a los jóvenes lectores, no deja de asombrar este conjunto de cuentos tan sórdidos y descarnados. Y quizá esto también es lo que más gusta, porque estamos frente a un escritor que lucha por no casarse con una fórmula —lo que puede ocurrir

con facilidad en este mundo del mercado del libro infantil— sino que está experimentando en la búsqueda de un estilo propio y de una escritura para múltiples y diversos tipos de lector.

Triunfo Arciniegas ha recibido varios reconocimientos, sobre todo por su obra dirigida a los jóvenes lectores. Con *Las batallas de Rosalino* obtuvo el VII Premio Enka de Literatura Infantil, con *Caperucita Roja y otras historias perversas* el premio Comfamiliar del Atlántico, con *La muchacha de Transilvania y otras historias de amor* el Premio Nacional de Literatura de Colcultura y con *Torcuato es un león viejo*, el Premio Nacional de Dramaturgia.

BEATRIZ HELENA  
ROBLEDO

## Con estos 205 cuentos pudo hacerse un bonito libro de 30 o 35 cuentos

### Cuentos completos

Manuel Mejía Vallejo

Editorial Alfaguara, Bogotá, 2004,  
564 págs.

De esta copiosa fuente, ¿podemos juntar un poco de agua en el cuenco de las manos y curarnos en salud, bebiéndola? Sí, por ejemplo, con el cuento *Vivir la vida* (pág. 295), o con *La hechicera* (pág. 298), o con *Sexo* (pág. 399), de media página, o menos. Luego de sudar la gota, a través de muchos cuentos flojos, intercalados entre algunos buenos logros. La desolación irrecuperable del *Tristear* (pág. 382), del *Estar triste* (pág. 433), de *Los sueños del espejo* (pág. 234), de *El sueño de la pesadilla* (pág. 252), de *Expatriados*: “Estaba recordando lo mejor de su vida, organizando su pasado, cuando murió. Como ya venían cerca, los recuerdos, se desorientaron. Los vimos removerse

ávidos, en busca de su dueño. [...] —Este recuerdo podría ser mío [dice el narrador]. Algunos, sin embargo, no hallaron identificación, no hallaron refugio: cuando se perdían entre su propia niebla, creíamos oír llantos lejanísimos. Entonces supimos lo que es soledad” (pág. 226). En *Profeta del pasado*, juega ya con la figura de Platón en *La república*, de los seres de la caverna que no agarran las cosas sino las sombras de las cosas. Sólo ven las sombras, proyectadas en las paredes de la caverna, de las cosas que deambulan afuera, siempre fuera del alcance. Este otro cuento, *Profeta del pasado*, resuena con el *Menón*, donde Sócrates enseña al pequeño esclavo que aprender es recordar, que lo que no sabemos es consecuencia del olvido. El cuento comienza: “Según sus palabras, la historia es algo que tiene memoria: nosotros sólo tratamos de recordar lo ya efectuado; por eso, lo que estamos viviendo es un recuerdo de lo vivido; nos acercaría a esta posibilidad cierta sensación de pesadilla que despiden los acontecimientos. [...] Igualmente descubrió que el sueño podía ser verdad, pero de vez en cuando [...] En cambio, el recuerdo se acerca a lo verdadero” (pág. 277). La flecha del tiempo no se abre camino sino hacia atrás, regresiva, apunta con demasiada frecuencia al pasado, al recuerdo, y de ahí su recurrencia al fantasma, a la sombra, de la que, empero, se llega a despojar, en *La sombra desobediente*: “Yo, el solitario. Por lo menos tenía mi sombra: ni grande ni pequeña. [...] Si caían a nuestro lado otras sombras, distinguíamos en ellas el ala o el cuerno o el rostro o el árbol, hasta la sombra del agua en algunos días, cuando la lluvia juega al sol y los pájaros sueñan entre ella jaulas de juguete”. Aquí, el hombre pierde su sombra, mientras *los pájaros sueñan jaulas de juguete entre ella* [la lluvia]: “Aunque la entiendo, duele su rebeldía. Será el invierno; las sombras se van con el sol, él las hace, su ausencia las destruye. Ahora, más solo que nadie, que siempre, que nunca, más solo que la soledad, voy como un río. Únicamente el río



no tiene sombra, el río: deben caer frescas las sombras en el vientre del agua”. Y concluye: “—Se ahogaría en el río, mi sombra” (pág. 256). En *Errancia*: “El sueño andaba solo, sin quién lo soñara. Su errancia fue concentrándose hasta adquirir cierta lejana semejanza de hombre. —Aparecerá una raza nacida de los sueños que carecen de dueño [sueños mostrencos] —deseó un deseo también preexistente, y la raza llegó a tomar un vigor desgarrado. Así se diluyó el sueño en otra urgencia de vivir, no sabía para qué. Pues, ya hecho hombre, el sueño apareció como irremediable nostalgia de lo que fuera cuando no era nada [...] Fatigada en su nueva conformación, la última raza quiso regresar a su principio, a ese antes de su dudoso principio lleno de ecos sin voces, de sombras sin imágenes, de larga mirada sin ojos. Entonces se inventó la muerte” (pág. 324). Sueños, sombras, fantasmas, espantos, pesadillas: derecho al hueco negro (págs. 227, 238, 252, 277, 287, 296, pássim). “—¿Quién me presta sus recuerdos? [...] Denme un

poco de vida, pero ya vivida”, en *Uno que no tenía recuerdos* (pág. 278). Éstos son los motivos prevalentes a lo largo del texto. La materia de los sueños es blanda, floja, y uno, como ocurre con el psicoanálisis, no encuentra de qué agarrarse. Carecen de consistencia la mayoría de estos cuentos breves, no se sostienen, no se paran sobre sus cuatro o cinco patas. Los del primer libro, *Cuentos de zona tórrida* (1967), de unas siete páginas, no están ya en el aire, uno ya no puede respirar esta sobrecarga verbal, demasiado territorializada, demasiado confiada y atada al significado, a las meras imágenes: “—Todo oscureció cuando la luna cayó en la red tejida con saliva de magia” (pág. 424). Esta prosa controlada, sentimos que no fluye y nos abruma.

Con *Viento en el espejo*, en las entretelas de la ocurrencia de la muerte de *Ella*, el narrador, esta especie de Narciso, hace mirar al viento en el espejo, lo hace entrar en él y lo hace reflejarse en él. Acá, como en muchos de estos cuentos, las po-

derosas, o sutiles, fuerzas naturales, han sido escamoteadas, escatimadas, secuestradas por la grave ley de un bosque con endriagos, *pispirispis*, *bisabisanes*, pero sin duende, éste que, según García Lorca, habita en las últimas habitaciones de la sangre, que ronda los pozos abiertos por donde mana la herida, el mismo duende de la canción gitana, del cante jondo, duende de Juan Rulfo, con unas voces que provienen, no del oficio literario, propio de Manuel, sino de la sangre, de la tierra y del pueblo, en el desierto que crea y puebla Rulfo, en una prosa que no calcula las frases por su efecto, espontánea, afectiva, plena, con toda su admirable sobriedad y llaneza, poesía. Otros son los terrenos del ángel o de la musa, habitados por Mejía Vallejo, con sus secretarios, vicarios, consejeros, y su parafernalia adjunta (los espejos, los sueños, las brumas, los recuerdos, los espantajos). Sea el cuento *Los bisabisanes*, estos monstruos de dos cabezas a manera de espejos, que Roberto “descubrió a la entrada de la cueva”. Animales alegóricos, dice el narrador, “animales para una desolada moraleja”, éstos que inventa el autor aquí, los bisabisanes, cuyo destino “era una copia del destino de nuestra vieja raza”. Entre éstos, “cada cabeza cree ser espejo de la otra. Un espejo que devuelve imágenes mordedoras, se odian al verse reflejados en su propia visión. [...] —Como nosotros” (pág. 348). Espejo, viejo usurero, sediento avaro del reflejo, del sueño, de las sombras, las mismas de la caverna del idealista Platón, éste de *Los bisabisanes*. “El espejo quedaba al fondo de la habitación”, *el viento llegaba a la ventana*. [...] “El viento se miró al espejo largamente; quizá detuvo su fuerza mientras las habitaciones del espejo se acostumbraban, hasta dejar libre algún pasadizo. El viento se miraba, el viento. Al fin vimos cómo entraba al espejo y movía extraños cortinajes para comenzar lo que parecía una muerte grande y honda, un vacío sin palabras, una hora —las seis— alta de grises lejanos” (pág. 322). “También

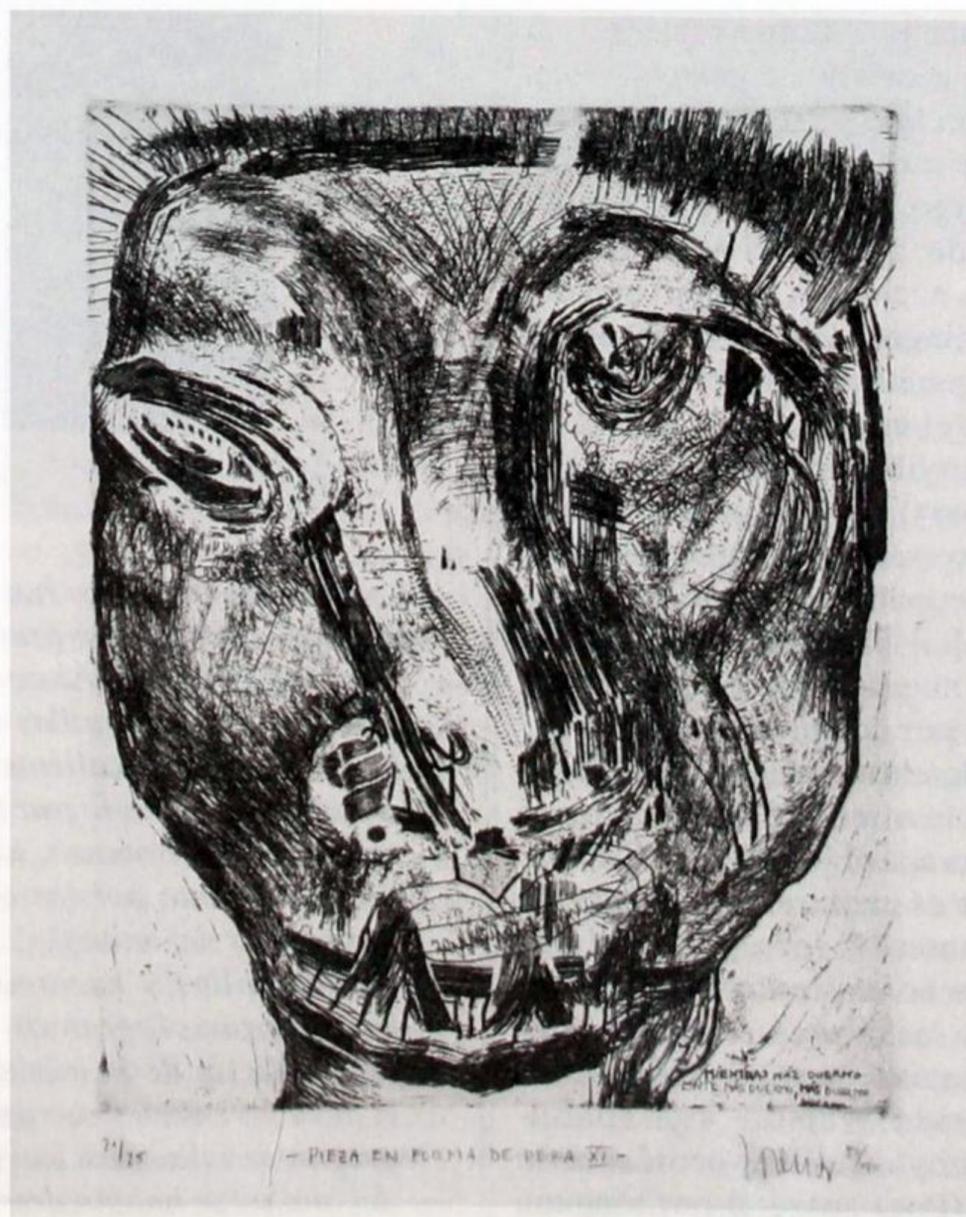
el tiempo debió mirarse al espejo”. Ya se ve que éste funciona como un hueco negro, se lo chupa todo, igual que la soledad del solipsista —¿la flor?, sola, ¿el árbol?, solo, ¿el lucero?, solo—, una estrella muerta del cielo.

Tanto bucear por entre paisajes de brumas y fantasmas de papel, desecados, para pescar unas pocas almejas frescas, en tan ingente plato, unos pocos cuentos breves bien logrados, bajo la ley implacable del misántropo dictador —a la letra, ‘el que dicta’—, creador del mundo, él solito, con sus espejos, sus brumas y sus sueños, en sus cuentos de mazmorras a la luz cansina del día. En la introducción al libro *Las noches de la vigilia* (1975): “Según recordaba, en aquellos sitios se había detenido el tiempo [...] Éstas son las primeras historias de Balandú, pueblo en vía de sueño. El vuelo solitario de una hoja, el canto olvidado de un pájaro que olvidó cantar, un hilo de agua blanca entre los musgos... Y otros fantasmas vigilantes cuando la mirada, sola, mira sus propias desola-

ciones en el viento que llega de la infancia” (pág. 216). Sea el caso de *Mitología*, último cuento en el libro *Otras historias de Balandú* (1990), donde leemos:

*Pero el hombre estaba solo. Y esa soledad empezó a necesitar el sueño. Así nacieron los sueños, por la soledad de la flor, por la soledad del árbol, por la soledad del lucero, por la soledad de la tierra, por la soledad del hombre. Pero también los sueños del hombre estaban solos, y estaba sola también, la soledad. Entonces el hombre soñó una oscuridad vacía y en la oscuridad una estrella y bajo la estrella una flor y bajo la flor un árbol y bajo el árbol la tierra, y sobre la tierra, fugaces, todos sus sueños. Así nacieron los sueños, creadores de lo que no existe ni existirá jamás. [págs. 454-455]*

Cuán pocas esperanzas, cuán poco aire en esta repartición jerárquica y piramidal del espacio: “bajo la estrella una flor y bajo la flor un árbol y



bajo [...]”, en un movimiento centrípeto derecho al hueco negro. Cuánta desolación se respira en esta *oscuridad vacía*, y cuánto yo, cuánta vanidad, en esta soledad depredadora, en este nihilismo hecho literatura por obra y gracia del oficioso autor. Sea *Otra soledad*: “Me fui cansado de pedir a Dios, de esperar en Dios inútilmente”. He aquí lo que ocurre entonces, en este breve cuento: “Me solidarizaba con su impotencia y su brava soledad. Ahora, si acaso, le pido que exista, que no se deje perder, que su no existencia es la más dura de todas las soledades. No sé hasta qué punto haya ternura en este deseo mío de hacer a Dios cualquier milagro; ahora estoy llenando en mi alma su vacío, creándolo con paciencia y dolor enamorado: sé que ahí saldrá y que no podrá dejar de existir mientras yo lo vigile” (pág. 288). El autor se ensaya de milagrero, en *Recaída*: “Mucho después de haber renunciado a seguir haciendo milagros, un día me le apareció a la Virgen” (pág. 532). El prodigio está en el epígrafe a este minicuento, del mismo gracioso Manuel: “Milagroso el crucifijo / al que rezamos los dos: / sin acostarme con vos / ya vas a tener un hijo”. Tremenda rima, la del pobre carpintero de Nazaret que, por encargo, hizo la cruz para el hijo, crucificado, aunque él no lo hizo, a este hijo, nacido sin su intervención, en el milagro de una concepción partenogenética. Respecto al diablo, tenemos el cuento *Crisis*, breve, en su último libro, *Sombras contra el muro* (1993), “—¡De manera que el diablo no existe! Su entrecejo no era de preocupación sino de remordimiento. [...] Y una desesperación al final, su angustia ante seres y cosas, empezó por aclimatarse en una carencia de entusiasmo por lo que la vida debía ofrecer. Su mirada tomó una fijeza apacible y dura. —Conque el diablo es mentira... ¡¡¡No haberlo sabido antes!!!” (pág. 525). Así que el diablo no existe, otra parada del señor de las moscas, se está haciendo el manuel, pero sus evidencias, mi querido Watson, son apabullantes hoy día. Tampoco *La carta robada* (Poe) aparecía por ninguna

parte, no hay que ir a la novela del genial Bulgákov, ¿recuerdas en *El maestro y Margarita?*, para verlo pintiparado, al mero diablo, basta mirar por la ventana, a cierta hora, cuando destila del sombrío alambique el humor del azufre en la ciudad, muy crudo. En el cuento previo, *Primer viaje con el diablo*, del libro *Otras historias de Balandú* (1990), se nos explica la fórmula para domar a la bestia, como santa Margarita al dragón. El chico dice:

*un poco, el resuello era ya un cansancio infinito. Así regresó a sus cuevas, fatigado, sin ganas de volver por almas de adolescentes briosos, con esperanza. [pág. 404]*

Estas esperanzas se quiebran, en la “carencia de entusiasmo”, suscitada por la *Crisis* aludida (pág. 525), cuando el descubrimiento, de dizque el diablo no existe. Manuel debe de estar en el cielo, el inocente, ¿convertido en *Caballo para toda la eternidad?*



—*La inocencia hace huir al demonio —también nos predicaron, y no regañé más. Al contrario, también hice cosquillas sobre y bajo el lomo ya caliente que se contorsionaba sin lograr tumbarlos en el túnel oscuro, alumbrado avaramente por los ojos fosforescentes del animal. [...] Y así, en cosquillas y exclamaciones invocatorias, logramos salir al otro lado, el de la adolescencia, el de la juventud, lleno de goces y preguntas y desafíos. Los cuernos del animal se habían desgonzado*

En este cuento, un hombre dice que los sueños enseñan muchas cosas. Le gustaban mucho los caballos, trabajando en las caballerizas del patrón, se va a la postre al cielo, le pide a Dios que lo haga caballo, “Gran tipo Dios, se las sabía todas” (pág. 394). Dios le da gusto, sonriéndole, y da gusto también al patrón, cuando llega al cielo, el cual quiere ser por siempre jinete. “—...Y yo, el más brioso y fino del cielo, me vi obligao a llevar al patrón sobre el espinazo. ¡Allá arriba también! ¡Era su caballo pa’ toda la eternidad!” (pág. 397).

¿Dios? Qué esperanzas. La utopía, al menos, quiere decir, a la letra, algo que *no tiene lugar*, algo que *no ha encontrado un lugar en el mundo*, que no ha llegado a ser, y que, por lo tanto, no es imposible. La ley de esta *Mitología* (pág. 454) en el libro de Manuel, en cambio, es el mismo aviso del Infierno del Dante: *Los que entráis aquí, abandonad toda esperanza*; con todo y que, en estos cuentos, el diablo ha sido refutado, ahora resulta que no existe; en cambio, Dios no puede dejar de existir, en *El fin del principio*: “Me conturbaba la idea de un suicidio divino, pero me tranquilicé al comprobar, con simpleza de escuela primaria, las tremendas limitaciones de Dios; pues aunque todo lo puede, no podría dejar de existir” (pág. 357). El poeta de la otra Jericó, no la de Josué, ha detenido, como hizo éste, al sol, ha coagulado el tiempo, para seguir dando su guerra, en los pastos de la inocuidad.

A la final, este libro es una feria de tinieblas, respunteado con solitarios cocuyos, cada cierto tramo, una almeja, una ostra. Sea, por ejemplo, *Amor*: “Porque estaba triste se le hizo un nudo en la garganta. Pero tendí la mano y se lo solté” (pág. 491). Aun si esta almeja es salada, o amarga, al gusto. Sea el caso de *Los enemigos*: “—Cuando los muertos se acercaron, el enterrador silbaba una tonada, trabajosamente ya por el esfuerzo: nunca había cavado tumba más profunda”. Y concluye: “Los muertos llegaron al borde, vengativos: alguna vez tenían que ser enterradores. Llegaron los muertos. Llegaron” (pág. 266). Pese a la intrusión del sueño, que no cesa, bueno es el cuento *La hechicera*, que comienza: “—Cuando me contaron que Pedro había muerto a manos de un tigre... —En las garras de un tigre, será —interrumpió la vieja Natalia”. Qué mal nombre para una hechicera. Empero, más adelante: “—...Porque este tigre lo fue haciendo Pedro noche a noche, lo fue haciendo de pensarlo, de soñarlo y esperarlo, de tenerle miedo. —Eso sucede —dijo la vieja. [...] —...Hasta que una noche, cuando ya tenía

hecho al tigre y le había dado toda su bravura... [A lo que la vieja interrumpe, concluyendo el cuento:] —¿Y qué? —pensó más que habló antes de que mencionaran la palabra sangre—. Cada cual puede escoger su manera de morir” (pág. 298).

cuela, perplejo por la incontinencia de los autores y por el vigor de esta niña, de este niño, cargando el material, aunque nunca pudieran ellos aprender lo que significa un sonido fricativo y qué es una oración pasiva (la lección de Manuel Mejía en la



De estos 205 cuentos, provenientes de cuatro libros distintos, más nueve cuentos inéditos, escritos en distintas épocas, pudo haberse hecho un bonito libro, compuesto por unos 30 o 35 cuentos, escogidos con rigor y sin contemplaciones, un libro grato, reconfortante, más barato y más liviano, que lo dejara a uno, al final de su lectura, mejor de lo que estaba al principio, si sólo la literatura, y los textos escolares, se avalaran y comerciaran por la calidad y no por el peso. Hay que ver los que cargan niños y niñas de cinco a diez años, en la vereda de El Tambo (La Ceja [Antioquia]), el texto de sociales y el de matemáticas, en el caso de la niña que encontré una vez, de camino para la escuela, ella, y yo ya fuera de ella, de la es-

U. N. de Medellín durante un jurgo de años). ¿Qué aprendiste hoy?, le pregunté a la niña, que caminaba cargando el ladrillo y espantando a las gallinas a su paso. El *imperativo* de los verbos, dijo, tras pensarlo un rato. He aquí este minicuento, fruto de un dios ocioso e indolente que se aburre a gusto, *Invasión*: “Creó tantos pájaros, que agotó la nada de donde aún no habían sido creados; al saberse creados, los pájaros agotaron el silencio” (pág. 237). Abundan las pifias de este dios soso, incontinente, aun si ellos son reveladores de la trama de esta araña, y nos muestran la parte del fisco de este fiasco, sea, para el caso, el último, *El tiempo es oro*, de antología, ya que está aquí: “Y no solamente oro, sino todo lo demás. Lo difícil realmente fue descubrir la

fórmula para transformarlo en monedas. [...] Entonces me puse a especular y logré formar una compañía explotadora del tiempo mío y del tiempo ajeno". Especular, dice, asunto de los avaros espejos. Y concluye: "En el centro del tiempo está Dios, Dios sería el secretario ideal de nuestra compañía" (pág. 569). Termina aquí el libro, y uno comprende la implacable *justicia poética* en el caso de este autor prolífico, que cierra así, con broche de oro, sus *Cuentos completos*, rehaciendo la liga entre el *Time is Gold* y el *Time is God: In God we trust, In Gold we trust*.

Cito íntegro, este cuento, *Testamento*, postrero del último libro, *Sombras contra el muro* (1993), que aparece antes de los nueve inéditos: "—A la vida hay que írsele por la espalda, si uno tiene miedo, y aporrearle cada meridiano de sus nalgas con sendas patadas; si uno es valiente, se le arrima de frente sin quitarle la vista de encima, se le sigue arrimando hasta sentirle el resuello, y se abalanza fuertemente a las tetas, hasta que caigan sobre la barriga. —¿Comprendes? —Entonces la vida dejará de coquetear bobamente, y se abrirá de piernas y nos tomará en serio por toda la eternidad. —Nunca olvides este sabio consejo, ¡oh, hijo mío!" (pág. 554).

RODRIGO PÉREZ GIL

## El síntoma, ¿de qué?

**Lange Saint Anna Straat 5**

Álvaro Pacheco

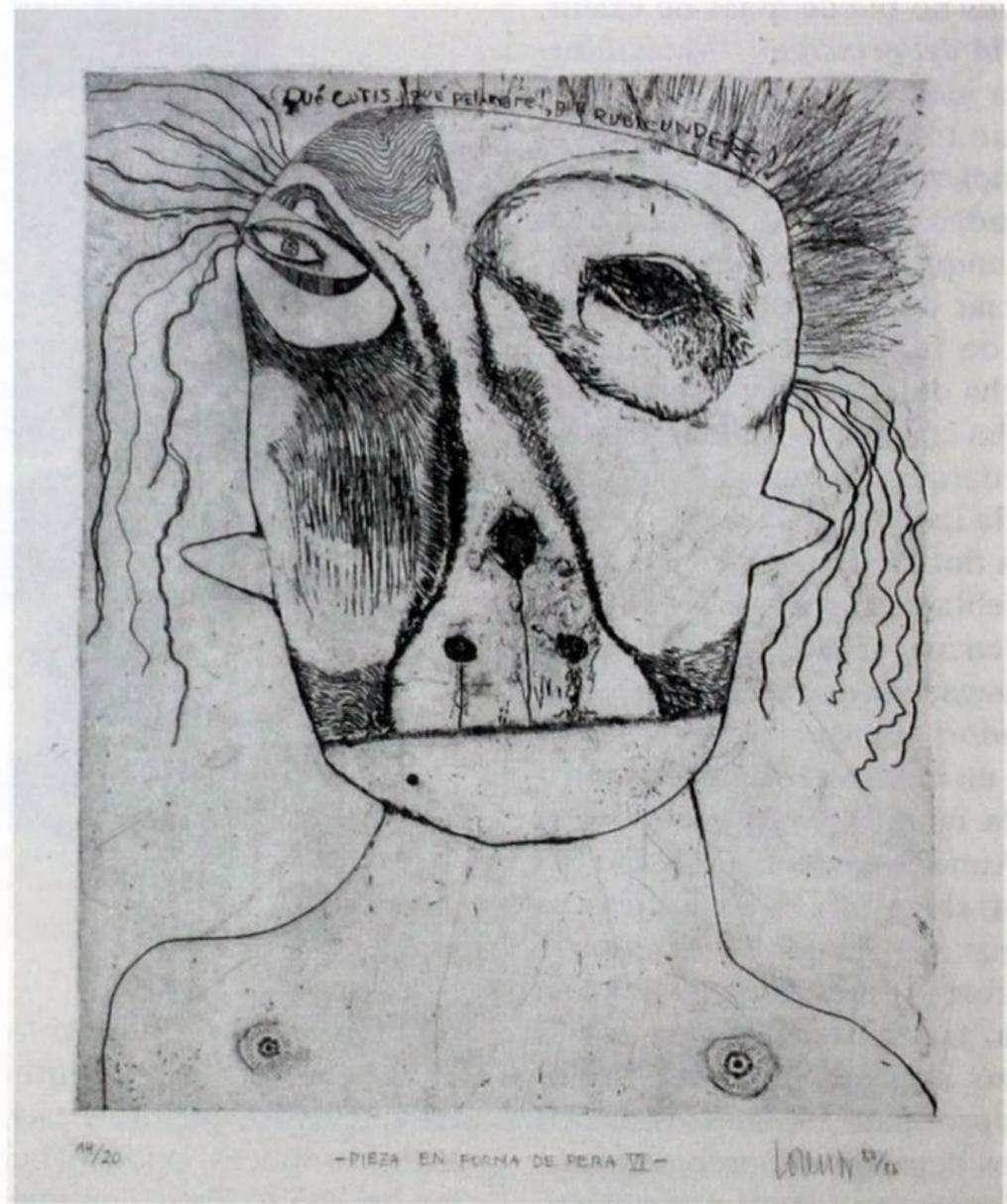
Cargraphics, Bogotá, 2004, 165 págs.

Este libro, con tan bizarro título, trae veintiséis cuentos y una ilustración en la carátula, hecha por Nicolás Pacheco, que muestra a un fornido hombre descalzo, con los pantalones y la camisa arremangados, erguido sobre las tablas del patíbulo con la cuerda alrededor del cuello. Uno

puede ver el robusto puño cerrado del hombre y los ojos que miran desafiantes y como alucinados, y evoca al fusilado de Goya, por esa mirada-hacia-afuera-de-animal, ante la muerte, en este caso del hombre al pie de la horca. En el primer cuento, *La agonía*, de sólo dos páginas, se nos presenta al preso en la celda comenzando el último día, en un amanecer neblinoso, mirando por entre los barrotes grises de su celda:

*Atrapa había logrado enredar sus hilos hasta tejer tan dolorosa trama. Sintió el pecho oprimido. Mareado, flotaba...* [pág. 6]

Enseguida, el narrador omnisciente se posa sobre un personaje que bien puede ser el mismo condenado, o el verdugo ensimismado en su desigño, "intuyendo en su semiinconsciencia su lugar en el cortejo, pasó raudo la hilera de barrotes captan-



*Se fugó con las gotas que, barridas por el viento, iban a estrellarse en los pequeños ventanales de la barraca del frente. Adivinó allí la presencia de vidas lejanas, la angustia y el amodorramiento del despertar incierto de los penados, las celdas llenas de humo y de recuerdos, el comedor saturado de voces, olores nauseabundos y falsas ilusiones. Pensó en el final irremediable, en su fatídico desigño, en la inexorabilidad de sus muertes, en la azarosa proximidad de sus destinos, en cómo*

do vagamente las miradas de odio y conmiseración" (pág. 6), vagando en las aguas turbias de este *último día*, hasta que la postrera frase del minicuento lo delata, y uno, lector, sabe efectivamente de quién se trata, con un cambio abrupto de perspectiva, según la atención, según el alma que se le preste al cuento en su lectura, de acuerdo con su concepción del verdugo. El autor nos dice en el prólogo que la razón por la cual aparecen hoy estos cuentos, escritos tiempo atrás, es que "ahora no serían posibles. La palabra, como las emo-